



Descolonización de nuestras luchas sexuales e identitarias.

El fenómeno “colonizador”, que cobra vigencia en las reflexiones estos días por la urgente resignificación del 12 de octubre, la importancia de sancionar públicamente a quienes desconocen el poder autónomo de la minga y el recrudescimiento de las prácticas del imperialismo moderno en épocas electorales que valida de formas incalculables las expresiones de neocolonialismo y los múltiples sometimientos a los que nos vemos avocados países y grupos poblacionales dependientes de la economía, nos hace pensar en una tarea pendiente dentro del movimiento LGBTI: el cuestionamiento crítico de las agendas que lideramos, el uso de lenguaje que asumimos y los espacios de incidencia que buscamos permear, que en muchas ocasiones, por lo globalizadas de nuestras acciones, parecen impuestos y no fruto de las necesidades propias de los contextos en los cuales buscamos construir reivindicación desde la diversidad sexual, las identidades y expresiones de género.

La colonización de nuestros cuerpos, sexualidades e identidades se expresa en las maneras en las que la modernidad ha delimitado las formas en que debemos y no debemos ser, los espacios que debemos ocupar y los discursos que nos imponen aprender, situación que se traduce en el alto nivel de cosificación que tiene de nosotros la sociedad, pues hemos naturalizado que somos en la manera en que nos apropiemos o poseamos lo del otro, y en responder a las exigencias, a veces de forma automática, del poder político, las hegemonías económicas y las asimetrías sociales que conducen a la alienación, condicionando la vida y la realización de muchas personas LGBTI entre sueños ilusorios de lo que deben ser y el cumplimiento e unos roles que les deben definir.

Ser cocientes de los efectos de la ‘neo-colonización’ en nuestro movimiento es reconocer que, con la independencia física, el acceso a recursos, o la visibilidad espacial no se pone fin a la dependencia o limitaciones de ciudadanía de segunda categoría, como a veces nos ve el mundo, pues el hecho de que seamos tan protagónicos en la agenda mediática y en los programas políticos no se traduce en que seamos depositarios de un reconocimiento pleno. Hoy hay nuevas y sofisticadas formas muy subterráneas de dependencia que padecemos como movimiento social, por ejemplo, pasamos de la prohibición de asumirnos en nuestra orientación sexual y expresión de género por los castigos penales a tener que regular nuestras expresiones y comportamientos en el espacio público; de ser

www.caribeafirmativo.com

info@caribeafirmativo.com / caribeafirmativo@gmail.com

Barranquilla - Cartagena, Colombia.



invisibles para los programas sociales, a ser nombrados solo como objetos de comercio que son atractivos a la rumba, al turismo y a los gastos excesivos; de no ser incluidos en las acciones del Estado, a ser comodines mediáticos de grupos políticos, estudios académicos o medios amarillistas que tienen un efecto incluso más nocivo en materia de dominación que las sanciones jurídicas, sociales y morales del siglo pasado.

El colonialismo motivado por la dominación del sexo y el género establece una relación de interdependencia asimétrica, tal como Hegel lo había expuesto en su famosa dialéctica de amo y esclavo, donde el amo (el sistema capital) domina al esclavo (nosotros y nosotras), pero, a la vez, nos utiliza porque el uso y explotación que hace de nosotros y nosotras validan su rol de amo y señor. El pensamiento colonizado de quienes somos sometidos existe gracias al pensamiento colonizador de quien nos somete y legitima este como su sustento. Como advierte María Lugones, la 'colonialidad' en nuestros cuerpos y en nuestras relaciones de género reflejan una epistemología de sujeto (activo) y objeto (pasivo) que puede reproducirse en los niveles de subalternidad: en el 'colonialismo interno', el poder colonial de antes ya no necesita imponer sus ideas, las relaciones de poder que se orientan en características de raza y género, sino que el 'poder satelital', la nueva burguesía políticamente independizada, se encarga de mantener y perpetuar el mismo orden colonial.

Podríamos decir que a la par del vertiginoso crecimiento del proceso LGBT, en paralelo, ha crecido una forma de colonialismo, naturalizada y enquistada en la sociedad: la colonialidad de nuestros cuerpos, entendida como la práctica sistemática de ver en ellos razones suficientes para el desprecio o exigirles ciertas condiciones para su aprecio, todo mediado por el uso desproporcionado del poder que transforma nuestro miedo a la discriminación por negación de derechos, validando su actuación en imponer la hegemonía masculina y el patriarcado dominante. Esta forma de colonialismo se ha construido todos estos años, incluso con la mirada cómplice de muchas y muchos de nosotros, bajo la premisa de negarse a leernos como sujetos integrales, libres y autónomos, agudizando estos silencios cuando el sujeto busca enunciarse desde un espacio no blanco, no masculino, no urbano, no capitalista.

El capitalismo global, con su indiferencia a la diversidad o su afán de integrarla al sistema de mercado, coloniza nuestro mundo de vida y promueve unas formas de control basado en la jerarquía del género, bajo la dicotomía de que usa el poder



propiamente colonial para dominar y poner límite a nuestras expresiones de libertad y con base a ello excluir y humillar a las personas, pero, por otro lado, activa unas formas de integración de la diversidad, de un tipo específico de diversidad, no en perspectiva de derechos, sino para construir unos moldes de personas en serie que responden con consumo a las demandas del mercado. Lo anterior configura el sistema moderno colonial, en el cual se han cocido muchas de las prácticas que hacen de la personalidad una imposición a los procesos emancipatorios con base a la dominación y la explotación, los cuales urge superar para consolidarnos como movimiento social.

La acción de descolonizar, entendida como un proceso reflexivo, autocrítico y movilizador de cuestionar los sistemas de opresión cotidianos y reconocer la pluralidad social como una riqueza, implica para nosotros y nosotras, como movimiento, ir más allá del discurso académico de la postmodernidad, del uso político del multiculturalismo y de la corrección del uso incluyente del lenguaje, para dar paso a expresiones libertarias, surgidas desde nuestros mundos locales de vida, que nos permitan nombrarnos desde las esencias múltiples que nos asisten y construirnos en la libertad de ser, no en referencia a un parámetro social a emular, sino en consonancia con lo que sentimos en nuestra intimidad.

Wilson Castañeda Castro
Director
Caribe Afirmativo